

La VOZ del MAS ALLA

Cuento dramático por LAUCE SIEVEKING

He oído relatos de aventuras en la "jungla" africana. He escuchado cuen-

tos de asesinatos y crímenes en los bajos fondos de Chicago. Y también conozco historias raras del cine animado, pero lo que aconteció en la Grosvenor Pictures Limiteda aventaja a los relatos, cuentos o historias más fantasmagóricas que se pueda imaginar.

Ocurren accidentes de toda suerte en el mundo del cine, pero es seguro que ninguna compañía recibió jamás un golpe de tal magnitud como el que significa invertir un millón de pesos oro en la producción de una cinta hablada para que luego suceda algo

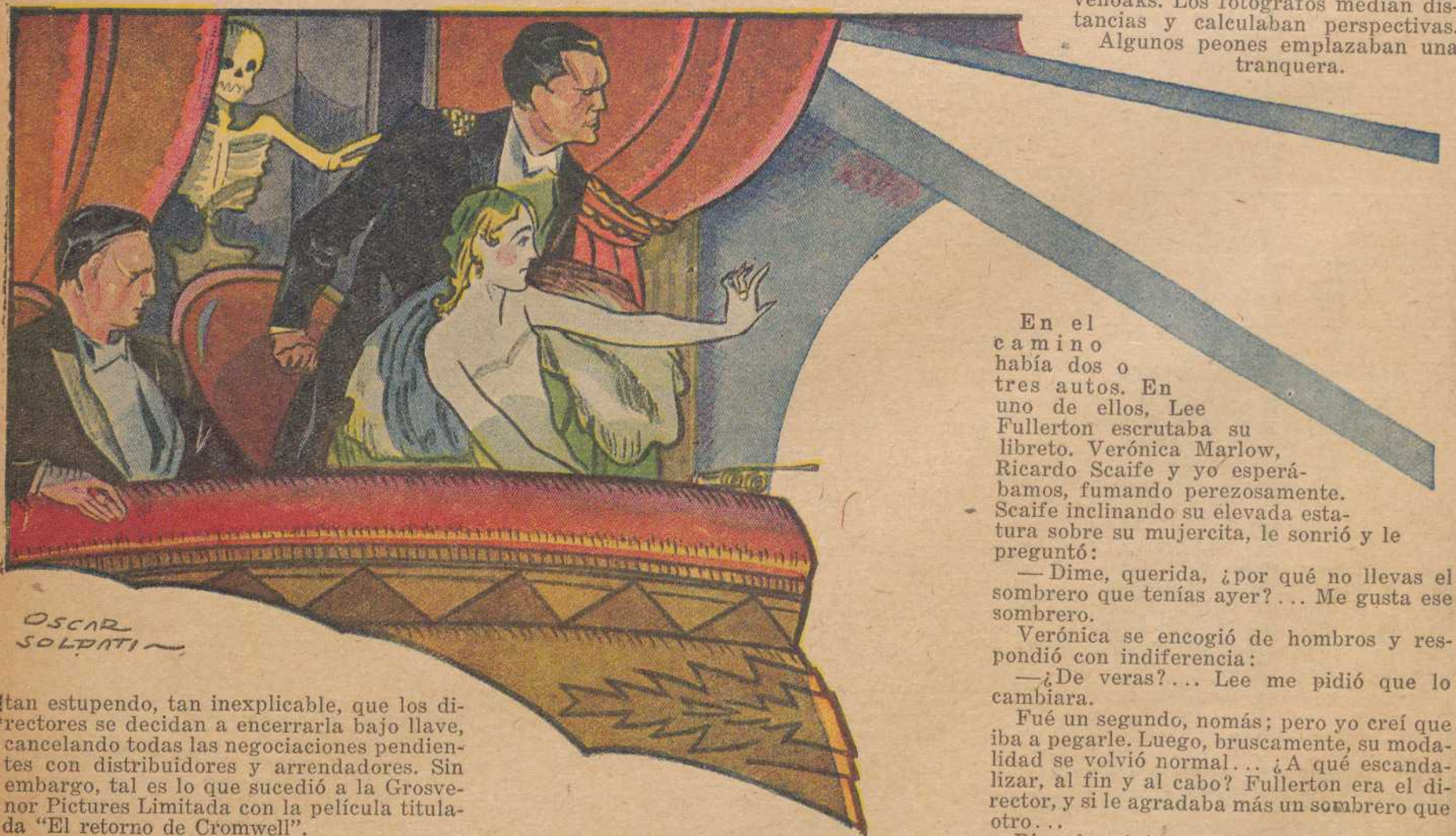
Fullerton la había tratado con la insuperable maestría que lo destacaba como el más hábil de los directores.

La película, por razones de taquilla, había sido embellecida con abundantes escenas de cabaret, una canción, elementos bataclánicos y otros motivos igualmente atractivos. Además, en los artísticos carteles, que preparaba el departamento de publicidad de la Grosvenor Pictures, se reproducían soberbias escenas de batallas campales, en que tomaban parte miles de hombres, luchas en el aire, el incendio de un

en que Verónica, encarnando a la hija del jefe del gabinete, le revela al líder revolucionario (Ricardo

Scaife) que está dispuesta a traicionar a su padre para salvar a su patria. En la escena siguiente se ve a ambos subir al aeroplano que se ha de elevar con una autorización falsificada.

Aunque Verónica y Ricardo eran muy felices, todo no marchaba a pedir de boca entre ellos. De cuando en cuando intercepté miradas rápidas. Una vez casi me alarmé: en los ojos de Ricardo había algo más que un pasajero disgusto. Parecían irradiar extraordinaria violencia... apenas un destello fugaz. Fué una mañana de marzo. Estábamos en un prado, cerca de Sevenoaks. Los fotógrafos medían distancias y calculaban perspectivas. Algunos peones emplazaban una tranquera.



OSCAR
SOLPATTI

tan estupendo, tan inexplicable, que los directores se decidan a encerrarla bajo llave, cancelando todas las negociaciones pendientes con distribuidores y arrendadores. Sin embargo, tal es lo que sucedió a la Grosvenor Pictures Limiteda con la película titulada "El retorno de Cromwell".

He aquí cómo se produjeron los sucesos: Yo asistía al estreno como invitado de Lee Fullerton, el director de la película, y hube de faltar a varios compromisos para acudir al teatro Berkeley. Había gran interés por conocer la cinta, del cual yo participaba.

"El retorno de Cromwell" era la historia de un político que ve a su patria, según lo cree, deslizando aceleradamente por el plano inclinado de la relajación, la degradación y la anarquía. Azuzado por su madre, una anciana señora puritana, se obseda con la idea de apoderarse del gobierno como lo hizo Cromwell. Había una poderosa intriga de amor: la hija del primer ministro ama al héroe y lo secunda en sus planes, y es resistida por su madre. La joven no era sólo una hermosa mariposa social, sino que también se hallaba dotada de las cualidades que generalmente son inherentes de las aventureras inescrupulosas... La combinación es difícil, casi imposible, pero Lee

verdadero aeroplano y la explosión de un submarino.

Como se ve, se trataba de una vasta concepción realizada en forma también vasta.

Mientras me encaminaba al teatro, recordaba los largos días que pasara en los estudios de Sevenoaks y en la comarca adyacente, mientras Fullerton filmaba diferentes partes de su cinta. Habían sido días pléticos de intenso interés para mí.

Allí conocí a Verónica Marlow, la protagonista principal y a su marido, Ricardo Scaife. Ambos eran enormemente populares como actores, y su enlace los había afirmado aun más en su bien cimentado prestigio. Trabajaban juntos, y a los espectadores les agradaba demostrar su erudición en cuestiones cinescas, susurrando a sus vecinos, en el curso de las escenas más apasionadas:

— Scaife es su esposo verdadero, ¿lo sabía usted?

Recordaba con nitidez la escena que tenía lugar en la residencia de Downing Street,

En el camino había dos o tres autos. En uno de ellos, Lee Fullerton escrutaba su libreto. Verónica Marlow, Ricardo Scaife y yo esperábamos, fumando perezosamente. Scaife inclinando su elevada estatura sobre su mujercita, le sonrió y le preguntó:

— Dime, querida, ¿por qué no llevas el sombrero que tenías ayer? ... Me gusta ese sombrero.

Verónica se encogió de hombros y respondió con indiferencia:

— ¿De veras? ... Lee me pidió que lo cambiara.

Fué un segundo, nomás; pero yo creí que iba a pegarle. Luego, bruscamente, su modalidad se volvió normal... ¿A qué escandalizar, al fin y al cabo? Fullerton era el director, y si le agradaba más un sombrero que otro...

Ricardo miró tranquilamente a su esposa primero y al absorto Fullerton después, y se contentó con observar:

— ¡Ah, sí! ...

Eso fué todo. Casi en seguida pasamos a la filmación de la próxima escena. Lee Fullerton, parado sobre una silla, embocó un megáfono y se puso a dar instrucciones:

— ¡Escena setenta y seis! — gritó. — Pase. El bosque y la tranquera Penélope sale al encuentro de Vernon. El descendiendo del auto y se contemplan indecisos. Entonces ella hace un movimiento para explicar. "No hay peligro, Vernon, le dice. ¿No me creíste cuando te lo dije? ..." "Recuerda usted esas líneas, señorita Marlow..."

Fullerton siempre la llamaba señorita Marlow durante las horas de trabajo.

— Sí, señor Fullerton — respondió Verónica y prosiguió, según el libreto:

— ¡Vamos, Ricardo! ¡El tiempo apremia! ¡Debemos alejarnos cuanto antes! ¡Nos buscan ya!

Me senté en el suelo y esperé. Hubo dos